

V. LA BIBLIA EN LA LITURGIA
Y EN LA ESPIRITUALIDAD

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA LITURGIA. OPERATIVIDAD Y EFICACIA

ERMENEGILDO MANICARDI

«La Escritura es la palabra por medio de la que Dios nos habla y se nos revela. Los diseños eternos de Dios relativos a nuestra salvación se expresan en ella con palabras humanas y fijadas por escrito, de modo que, en la palabra, es a Dios mismo a quien encontramos. La relación entre la liturgia y la Escritura santa está, así pues, en conexión con la relación entre el misterio y el Logos. Tanto en una como en otra, es la voluntad de Dios la que está presente y obra: en la liturgia, a través de la acción sagrada que la Palabra comenta y cumple; en la Escritura, a través sólo de la palabra»¹.

Para reflexionar sobre la operatividad y la eficacia de la Sagrada Escritura en la liturgia, nos hemos orientado hacia algunos puntos fundamentales: [1] la lectura de perícopas bíblicas en el transcurso la celebración, [2] la penetración de la Biblia en los ritos, [3] la actualización litúrgica de los textos inspirados, [4] la eficacia de la Escritura en las diferentes situaciones celebrativas. Esperamos que este procedimiento ofrezca algunas consideraciones concretas, además de la posibilidad de trazar un horizonte suficientemente amplio para el debate en común, evitando discusiones demasiado analíticas y, en definitiva, irrelevantes².

1. LA LECTURA DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA LITURGIA

a) *Páginas bíblicas como momentos constitutivos de la liturgia*

a.1) *Páginas bíblicas como momentos celebrativos*

La operatividad de la Biblia en la liturgia se revela ante todo en los tiempos que, durante las celebraciones, se dedican a la lectura de

1. I. HERWEGEN, *La Maison Dieu* 5 (1946) 8, citado en ASSOCIAZIONE PROFESSORI DI LITURGIA, *La parola di Dio tra scrittura e rito*, Edizioni Liturgiche, Roma 2001, 5.

2. Agradezco a los profesores Enzo Lodi y Davide Righi, estimados colegas boloñeses, las sugerencias y las ayudas con las que han acompañado esta reflexión.

páginas bíblicas, proclamadas en voz alta, sin intrusiones explicativas o añadidas. En tales momentos la «palabra inspirada» escrita resuena y constituye verdaderos y propios espacios rituales. Volviendo a ser pronunciada, la palabra escrita asume aquellos caracteres de acontecimiento que el signo gráfico había perdido. La Escritura se convierte, así, en palabra viva y actual: en la liturgia, en efecto, las páginas bíblicas renacen y resurgen como acontecimientos singulares que implican profundamente a los participantes en el rito.

a.2) *La liturgia como lugar de contacto inmediato entre Escrituras y pueblo de Dios*

A través de esta lectura se realiza, precisamente en el espacio celebrativo, el contacto más directo e inmediato entre Escritura y pueblo de Dios. La liturgia cristiana tiene, además, la función de poner el texto bíblico en contacto directo con los fieles, abriéndolo a su comprensión y a la consiguiente actualización. Es por este motivo por lo que, durante la liturgia, la Biblia tiene que ser siempre comprensible para el pueblo. Para la proclamación se ha usado siempre la lengua de los creyentes o, al menos, la oficial de su Iglesia³. Se trata de una diversidad importante que caracteriza al cristianismo tanto respecto del hebraísmo⁴ como del islam. La renuncia a la lectura de los textos en la lengua original está ligada a la conciencia clara de que la proclamación, para ser activa, necesita de la comprensión y de la asimilación. El contacto real entre la Escritura y el creyente debe pasar, al menos a nivel de principio, a través del conocimiento del sentido de los textos, y no sólo por la obediencia a los contenidos mediados por otras instituciones como, por ejemplo, la catequesis. La necesidad de la comprensión evidencia también cómo la respuesta a lo que se escucha tendrá que ser personal y existencial, sin agotarse dentro de la celebración.

a.3) *La actual sistematización de las lecturas de la Sagrada Escritura*

En las perícopas bíblicas que han de proclamarse en la liturgia, la Iglesia ha hecho siempre una elección, y esta selección, independientemente de los criterios empleados, se presenta como un modo de re-

3. Esto también vale para la liturgia católica latina antes de la reforma del Concilio Vaticano II.

4. Aunque el hebraísmo conoce bien la necesidad de la traducción, como nuestra la versión griega de la Biblia Hebrea, denominada *Los Setenta* (LXX), iniciada en Alejandría de Egipto ya durante el siglo III aC.

vitalizar el texto escrito. En el pasado la *lectio continua* pretendía que los participantes en las acciones litúrgicas se acercasen a la Sagrada Escritura de modo orgánico. Con la *lectio discontinua* de perícopas típicas, de hecho, se crean las premisas para una exégesis de tipo aplicativo⁵. La reforma del Vaticano II prevé la combinación de más sistemas. En concreto, se puede definir el orden actual como una lectura *tendencialmente semicontinua*. En el *tiempo ordinario* tanto las dos series de perícopas feriales como la segunda lectura y el evangelio de los domingos se escogen según el proceder de la narración de la Biblia misma. Junto a estos hilos semicontinuos, en los domingos del tiempo ordinario, la perícopa veterotestamentaria, utilizada como primera lectura, se pone en relación con el evangelio.

Junto a la tendencia a la lectura semicontinua de la Escritura en la liturgia, contamos también con importantes referencias entre las perícopas elegidas para una determinada liturgia, que constituyen una trama interpretativa ulterior. Tenemos, por así decir, un hilo horizontal del *continuum* bíblico y un hilo vertical proporcionado por la relación entre los textos elegidos que, si bien distantes en la narración bíblica, se encuentran en la contemporaneidad de la proclamación litúrgica. En los *tiempos fuertes del año litúrgico* –tanto en los días feriales (donde sólo hay dos perícopas) como en los domingos, en las fiestas y en las solemnidades– todas las lecturas se hallan recíprocamente relacionadas. Estos contactos, que en parte también hacen relación a los domingos del tiempo ordinario⁶, sugieren la clave hermenéutica de la lectura tipológica. Estos vínculos, en efecto, se basan en la idea de que toda la historia de la salvación, aun conociendo progresos y profundizaciones, pertenece a la misma lógica divina y a un mismo código. Los sistemas de lectura, basados en la tipología, revelan la dimensión actualizante de la liturgia. Estos sistemas, en efecto, exigen que la interpretación no se interrumpa antes de llegar a la actualidad, o sea, al último (por ahora) de los tiempos que pertenecen a la historia de Dios y en el cual precisamente se sitúa la liturgia en cuestión.

b) *Resonancias a las lecturas bíblicas que la liturgia pide a la asamblea*

A la comunicación de Dios la asamblea responde, además de a un nivel personal, también con una ritualidad comunitaria. Se trata, sobre todo, del telar que encuadra la proclamación y que exige determi-

5. Sobre esto cfr. A.M. TRIACCA, «Bibbia e liturgia», en D. SARTORE, A. TRIACCA, C. CIBIEN (dirs.), *Liturgia*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 256-283; sobre todo 258.

6. Al menos en la relación entre primera Lectura y Evangelio.

nadas reacciones a las lecturas, y de algún otro momento típicamente responsorial o introductivo.

b.1) *El marco teológico de la proclamación de las lecturas bíblicas*

La lectura litúrgica de las escrituras no es sólo proclamación, sino también invitación a la confesión explícita. Las lecturas bíblicas se proclaman dentro de un marco que comprende la declaración inicial, que informa de qué libro se ha tomado el pasaje, y una aclamación final que declara que se trata de la «Palabra de Dios» o, en el caso del Evangelio, de la «Palabra del Señor». En este marco, la proclamación litúrgica de la Escritura declara la propia teología del texto sagrado y expresa la concepción cristiana de la inspiración, por la que la Escritura es una palabra humana que contiene la Palabra de Dios. A la asamblea se le invita a dar su asentimiento creyente a este marco formulado por los lectores. A la propuesta teológica de los dos registros del texto proclamado (obra de un autor humano y, al mismo tiempo, palabra de Dios), la asamblea reacciona aclamando «demos gracias a Dios», «gloria a ti, oh Señor» y «alabanza a ti, oh Cristo». En estas reacciones aparecen como evidente y se convierte en rito el reconocimiento creyente por parte de la asamblea de la naturaleza del texto proclamado y del hecho mismo de la proclamación.

b.2) *El caso particular de la proclamación del Evangelio*

En el caso particular del Evangelio, tenemos también el deseo dialógico entre el lector, que proclamará el pasaje, y la asamblea que se prepara así para escuchar⁷. Con este nuevo marco resulta evidente la presencia del Señor en su Palabra, que está a punto de ser pronunciada por el proclamador. El deseo «el Señor esté con vosotros» y la respuesta «y con tu espíritu» tienen su alcance más verdadero en este reconocimiento.

Hay que notar también que la proclamación del Evangelio como punto culminante de las lecturas muestra la convicción cristiana de que «entre todas las Escrituras, incluido el Nuevo Testamento, sobresalen mercedamente los evangelios» (cfr. DV 18). Esto es cierto para todas las celebraciones, pero resulta aún más claro cuando la lectura del evangelio viene después de la del apóstol. El orden histórico de los

7. Se halla un elemento similar en el diálogo de Ap 1,3-8 (v. 3, vv. 4-5a, vv. 5b-6, v. 7a, v. 7b, v.8) y de Ap 22,6-21. Cfr. U. VANNI, «L'assemblea ecclesiale "soggetto interpretante" dell'Apocalisse», en *L'Apocalisse. Ermeneutica, esegesi, teologia*, EDB, Bologna 1988, 73-86.

acontecimientos (primero Jesús, después el apóstol), respetado también en la disposición canónica de los libros, no se mantiene con el fin de poner en evidencia el primado de la palabra del Verbo hecho carne.

b.3) *Otros momentos típicamente responsoriales por parte de la asamblea*

Otros momentos responsoriales son el Salmo entre las lecturas y el Aleluya que introduce la perícopa evangélica. Estas expresiones de la asamblea se formulan a partir del dictado escriturístico. El *Salmo responsorial*, haciendo repetir palabras bíblicas, propone una identificación indirecta de la asamblea que ahora está celebrando con el pueblo que fue beneficiario histórico de los dones de la Salvación. El *aleluya* pide expresar la particular alegría por el momento celebrativo de la escucha del Evangelio, mientras un versículo de origen bíblico (al menos remoto) sugiere a la asamblea una clave hermenéutica actual para lo que está a punto de ser proclamado⁸.

c) *La proclamación de la Escritura celebrada en algunos gestos rituales*

En la liturgia se convierten en objeto del rito tanto el libro del que se hacen las lecturas como el acto mismo de leer. En particular, el libro del evangelio es objeto de un honor particular expresado en la procesión con la ostensión del texto evangélico, en el acompañamiento con los cirios encendidos, en la incensación, en el beso conclusivo. Algunos de estos gestos (cirios encendidos, incensación y beso) asimilan, y no por casualidad, al evangeliario con el altar.

Por lo que respecta al acto de la proclamación, leer el evangelio es una acción reservada al ministro ordenado (diácono, presbítero, obispo). Desde el punto de vista arquitectónico se ha afirmado también la separación del lugar desde el que se proclama el evangelio: ambón, púlpito o, en cualquier caso, un sitio particular⁹. La lectura se introduce mediante un signo de tres cruces que el lector y los fieles trazan sobre su frente, sobre los labios y sobre el corazón, así como por el permanecer de pie durante la escucha.

8. Este versículo, teniendo un valor propedéutico para la escucha del Evangelio (OLM, Prae. 23), normalmente concuerda con el mismo evangelio, si bien esto no siempre sucede, debido al carácter genérico que puede asumir la introducción (OLM, Prae. 90).

9. Lo mismo aunque se tratase tan sólo de establecer sobre qué «cuerno» del altar se debe colocar el «atril» mientras se lee una determinada lectura.

2. PENETRACIÓN DIFUSA DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA LITURGIA

La reflexión sobre la operatividad de la Escritura en la liturgia no puede limitarse al funcionamiento de la «liturgia de la Palabra». La Biblia no es un elemento circunscrito al interior de cada una de las secciones de la liturgia. Se podría, por el contrario, hablar de una penetración difusa de la Escritura en la liturgia. El dictado bíblico empapa toda la celebración, el texto mismo se hace visible en los ritos e inspira a la comunidad celebrante. La relación entre Escritura y liturgia se realiza, de hecho, en todas las modulaciones celebrativas¹⁰.

a) *La estructura de las celebraciones*

La Biblia incide, en particular, en la estructura de muchas celebraciones. La plegaria eucarística se ha ido formulando desde la tradición del gesto prescrito por Jesús, según el testimonio escriturístico: «y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo»¹¹. La sensibilidad actual, con la insistencia en la doble mesa de la celebración eucarística, encuentra un paradigma eficaz en el encuentro del Resucitado con los dos discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). El relato contiene también la estructura del gesto sobre el pan que acabamos de ver: «y cuando estaban juntos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio» (Lc 24,30)¹².

b) *Textos bíblicos y eucología*

Los textos eucológicos, si bien configurados según la sensibilidad de un determinado autor o de una cierta época, están siempre inspirados por la Biblia. Esto sucede tanto en la eucología menor (oración colecta, oración sobre las ofrendas, postcomunión), como en la ma-

10. El Vaticano II afirma: «Máxima es la importancia de la Sagrada Escritura al celebrar la liturgia. De ella se toman las lecturas que hay que explicar en la homilía y los salmos que hay que cantar; de su inspiración y de su espíritu están permeadas las preces, las oraciones y los himnos litúrgicos, y de ella toman significado las acciones y los signos» (SC 24).

11. Cfr. Mt 26,26; Mc 14,22; Lc 22,19; 1 Co 11,23-24.

12. Basándose en 1 Tm 2,1, interpretado por Agustín y retomado por Hugo de San Caro († 1263), algunos han afirmado que la Eucaristía está planteada en cuatro partes sacadas precisamente de las palabras de Pablo al discípulo Timoteo: ésta comportaría, como momentos sucesivos las obsecraciones, las oraciones, las postulationes y las gratiarum acciones. Sobre esto, cfr. J.A. JUNGSMANN, *Missarum sollemnia*, vol. 1, Marietti, Casale Monferrato 1953, 99.

yor (o sea, los prefacios, etc.)¹³. «El contexto bíblico y las expresiones bíblicas presentes en los textos eucológicos no solo constituyen testimonios de la tradición, sino que son el fruto natural de la comprensión que la Iglesia tiene del misterio de Cristo en su fuente auténtica: la Sagrada Escritura»¹⁴.

Un caso particular de la relación entre Biblia y eucología es el reciente de la Iglesia italiana, que ha formulado colectas dominicales que sintetizan las tres lecturas¹⁵.

c) *Biblia y figura cristiana de la liturgia*

La Biblia es el elemento que, al nivel de las categorías del pensamiento, constituye lo específico de la liturgia cristiana y la mantiene purificada. A través de su presencia en las lecturas bíblicas, en las estructuras celebrativas y en las oraciones, la Sagrada Escritura ha sido la norma de las celebraciones. El axioma *lex orandi, lex credendi* no puede ser usado para justificar una liturgia que vaya más allá (por no decir en contra) de los testimonios de la Escritura.

3. LA ACTUALIZACIÓN DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA LITURGIA

La operatividad de la Escritura en la liturgia no recorre sólo el camino de la Biblia hacia la celebración, sino que procede también en dirección inversa. No solo la Biblia otorga su fuerza a la celebración, sino que también la misma liturgia transmite a la Biblia una energía específica realizando *la actualización perfecta* de los textos bíblicos¹⁶.

a) *La Sagrada Escritura y la dimensión eclesial de la liturgia*

La eficacia particular del uso de la Escritura en la liturgia está ligada a la naturaleza eclesial de la misma celebración. En la liturgia, en

13. Un ejemplo concreto de análisis se encuentra en O. VEZZOLI, «Bibbia e liturgia», en AA.VV., *La Bibbia Piemme*, Piemme, Casale Monferrato 1995, 3223-3242; se trata del Prefacio del segundo domingo de Cuaresma.

14. M. AUGÉ, «Eucología», en D. SARTORE, A. TRIACCA, C. CIBIEN (dirs.), *Liturgia*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 762.

15. Quizá el intento más didáctico con este propósito (lo que también podría ser un límite), aunque no habría que infravalorar la fuerza pedagógica y formativa respecto a la asamblea.

16. Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, IV, C, 1.

efecto, los creyentes se experimentan como realidad visible del Pueblo de Dios. Se dan cuenta de haber sido verdaderamente convocados por Cristo, que los ha incorporado en su Misterio Pascual, llamándolos a través del Espíritu Santo a la adoración espiritual del Padre. La liturgia activa en ellos la conciencia de la llamada escatológica, pero también la responsabilidad de llevar el evangelio en la vida histórica.

En la lectura solemne de los pasajes bíblicos, Dios habla al pueblo reunido recordando su obrar pasado, glorioso y misericordioso. De la evocación se pasa a la invocación, mientras el presente aparece como el lugar en el que, de nuevo, el Señor obra la salvación y llama a los creyentes a la libertad y a la responsabilidad. Gracias a la proclamación de la Escritura se confirma la pertenencia de la asamblea celebrante a la única historia de la revelación y de la salvación y, al mismo tiempo, la liturgia aparece como la continuación legítima de esta misma línea.

b) *La continuidad textual entre la Sagrada Escritura y la liturgia*

Profundicemos ahora en el tema de la continuidad entre historia de la salvación y liturgia, utilizando los trabajos de Renato De Zan¹⁷. En la opinión de este estudioso del leccionario litúrgico, se da una contigüidad entre Escritura y celebración, también al nivel de los textos, que él caracteriza como *continuum* intratextual. La Biblia y la liturgia tienen un lazo esencial ya en el «acontecimiento salvífico fundante», porque éste se lleva a cabo por medio de dos elementos constitutivos: por una parte está el «Acontecimiento/Palabra» y, por otra, el «programa ritual participativo». Para la fe hebrea el «acontecimiento salvífico fundante» es la Pascua, cuyo «Acontecimiento/Palabra» está constituido por las obras del Señor, mientras que el «programa ritual participativo» es la posibilidad de adherirse a la salvación por medio de indicaciones rituales prescritas (cfr. Ex 12,1-13,6). Para la fe cristiana, el «acontecimiento salvífico fundante» es el sacrificio de Cristo, cuyo «Acontecimiento/Palabra» está constituido por lo que Jesús cumple, mientras que el «programa ritual participativo» viene dado por el mandato «haced esto en conmemoración mía» (cfr. Lc 22,19; 1 Co 11,24.25). Cuanto sucede en Cristo, además, absorbe de manera satisfactoria el mismo «acontecimiento salvífico fundante» del Antiguo Testamento. En consecuencia, la liturgia cristiana tiene un único punto fundante central.

El «acontecimiento salvífico fundante» ha sido vivido, por primera vez, en una «celebración primigenia», por una «asamblea origina-

17. R. DE ZAN, «Ermeneutica (del leccionario)», en D. SARTORE, A. TRIACCA, C. CIBIEN (dirs.), *Liturgia*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 663-675.

ria». Este primer grupo celebrante está en condiciones de integrar a otras personas en el futuro: repitiendo con ellos el «programa ritual participativo» (cfr. Ex 12,14; Lc 21,19; 1 Co 11, 24.25), hace posible la participación en el «Acontecimiento/Palabra» presente en la celebración.

En este esquema representativo, fuertemente unificado, se puede apreciar bien la continuidad entre la Biblia y la liturgia. La Biblia, en efecto, recoge el testimonio escrito de aquel «acontecimiento salvífico fundante», que ahora es posible hacer presente en la celebración gracias al «programa ritual participativo».

c) *Los niveles de la actualización de la Sagrada Escritura en la liturgia*

Podemos aclarar más aún la operatividad de la Escritura en la liturgia distinguiendo tres niveles que el rito en concreto enlaza y une. Se trata de la proclamación, de la actualización y de la inculturación.

c.1) *La proclamación como variación hermenéutica de la Sagrada Escritura*

El primer nivel es el ya visto de la proclamación de las lecturas. La creación de un leccionario de perícopas seleccionadas constituye, de hecho, una notable propuesta hermenéutica de la Escritura. La «pérdida» del contexto canónico continuo originario de las perícopas, la asunción del nuevo ambiente humano de la celebración, los vínculos inesperados con lecturas bíblicas lejanas y con otros textos litúrgicos, junto con una cierta adaptación del pasaje elegido¹⁸, son elementos que orientan a una nueva actualización de la Escritura. A través del sistema del leccionario, la Biblia misma se hace deudora de la liturgia, a la que también ha entregado tanto: la Biblia debe a la liturgia una actualización, que probablemente de otra manera no hubiera recibido y que procede de la tradición viva de la fe y del encuentro de una concreta comunidad de creyentes.

c.2) *La actualización litúrgica y la aportación típica de la homilía*

En la liturgia la actualización de la Escritura está además determinada por el hecho de que la Biblia, en la celebración, es puesta en con-

18. R. DE ZAN, «Ermeneutica (del lezionario)», 671, elenca: introducción de un *incipit*, «creación» de un *explicit*, absorción de versículos, «censura» de elementos desconcertantes o simplemente inconvenientes.

tacto con la vida de los que participan en el rito. Este nuevo horizonte es objeto de explícita atención en la homilía, que el Vaticano II considera elemento constitutivo de la liturgia (cfr. SC 52). La predicación aporta un singular enriquecimiento a la actualización, enlazando el ministerio del celebrante, que preside, con la fuerza de la palabra inspirada proclamada. La escucha precedente y la vivencia del que habla a la asamblea se convierte en un servicio para una actualización, pero sobre todo para una inculturación más incisiva, adecuada y concreta¹⁹. Ya la *Evangelii Nuntiandi* declaraba: la homilía «tiene ciertamente un papel especial en la evangelización, en la medida en que expresa la fe profunda del ministro sagrado que predica y está impregnada de amor»²⁰. Pero se debe añadir que la homilía, a la vez que contribuye a la actualización de la Escritura con la inserción necesariamente personal de las reflexiones del predicador, confirma también la insuperable importancia de la Biblia como Palabra de Dios. Aunque la predicación exprese realmente la Palabra divina²¹, no puede alcanzar el valor de la Escritura inspirada precisamente como canon bíblico. La Palabra de las Escrituras, hecha viva también en la proclamación de las lecturas y comentada en la homilía, permanece como canon insuperable. El texto bíblico no se disuelve en el comentario vivo, sino que sigue trascendiendo la situación concreta de esta comunidad celebrante.

c.3) *La inculturación de la Escritura en la liturgia*

La liturgia es fruto también de la cultura de la comunidad celebrante, que emerge en ella según la perspectiva de los tiempos pasados y también del presente. Sobre todo en las comunidades de antigua fundación cristiana, la liturgia expresa la riqueza de las tradiciones más refinadas. Al mismo tiempo, la liturgia penetra en el tejido cultural vivo del grupo celebrante, aunque sobre este punto las posiciones no han sido homogéneas a lo largo de la historia. Se va desde la cuestión de los ritos²², que ha sido un tema discutido en varios momentos de la historia de la Iglesia, hasta la elección «de legítimas adaptaciones a los diver-

19. Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, IV, A y B.

20. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 43.

21. En general, se utiliza como texto bíblico ilustrativo del alcance de la predicación lo que Pablo afirma sobre su palabra apostólica en 1 Ts 2,13; cfr. H. SCHLIER, *La parola di Dio. Teologia della predicazione secondo il Nuovo Testamento*, Paoline, Roma 1963.

22. Cfr. «Questione dei riti», en C. ANDRESEN y G. DENZLER (dirs.), *Dizionario storico del cristianesimo*, Paoline, Cinisello Balsamo 1992, 558-559; para la cuestión de los ritos malabares, véase en particular H. JEDIN (dir.), *Storia della Chiesa*, Jaca Book, Milano ³1994, vol. VII, 340-351.

«... en los diferentes grupos, regiones, pueblos, sobre todo en las misiones», establecida por el Vaticano II, una vez que queda a salvo «la unidad sustancial del rito romano» (SC 38). A través de la inserción dentro de una concreta liturgia, la Escritura experimenta un proceso de inculturación que la hace más incisiva en la escucha de los creyentes que celebran.

Hay además otro aspecto. Por medio de la actualización en la liturgia, las páginas de la Escritura se convierten en estímulo para nuevos procesos de inculturación de la fe. Por medio de la liturgia vivida, la Escritura toma parte en la fundación de una cultura «cristiana» y en una nueva y más exigente manera de precisarla. Se trata de un proceso lento pero real. Pensando en el pasado, por ejemplo en la historia de las artes figurativas, es evidente que la Escritura encontrada en la liturgia en formas inculturadas se ha convertido, a su vez, en productora de nueva cultura. Creo que si se comparase el influjo cultural de la liturgia con el de la llamada «piedad» popular²³, se descubriría que la diferencia radica precisamente, en el caso de la liturgia, en la mayor presencia de la Escritura y en una fidelidad más laboriosa al dictado del texto bíblico. El camino de la «piedad» popular es más veloz e inmediato, pero el de la liturgia está destinado a proporcionar resultados más fieles y ricos.

d) *La liturgia, «desembocadura natural» de la Escritura y consiguiente empeño pastoral*

En su relación con el «acontecimiento salvífico fundante», la Biblia conlleva un dinamismo que sólo en la liturgia puede llevarse a cabo de un modo pleno. La Biblia tiende a hacer participar en el acontecimiento que testimonia. Desde este punto de vista es claro que la liturgia realiza la interpretación más profunda de las Escrituras. La fe en las Escrituras no se puede limitar a la exégesis que busca descubrir la *intentio auctoris*, aunque ésta es una laboriosa tarea eclesial, quizá especialmente importante en la actualidad (cfr. DV 12). La fe en la vitalidad de la Biblia nos remite a la celebración litúrgica en la que la Escritura alcanza el ápice de su eficacia. En la proclamación litúrgica de las páginas bíblicas «la celebración no es otra cosa que la Palabra de Dios actualizada en el máximo de las maneras»²⁴.

Podría observarse, quizá, que la actual disposición del leccionario litúrgico busca tener en cuenta tanto la interpretación literal de los

23. Sobre la riqueza y los límites de la «piedad» popular, cfr. lo que escribía, diez años después de la clausura del Concilio, PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 48.

24. A.M. TRIACCA, «Bibbia e liturgia», 260.

textos, como la exigencia de una hermenéutica actualizada. La lectura continua va en la dirección del necesario descubrimiento de la *intentio auctoris* para captar el *sentido teológico y divino*. El sistema semi-continuo expresa la imposibilidad de permanecer sólo en este nivel y busca una interpretación más compleja, orientada hacia la actualización existencial.

La atención a ambos niveles exige una homilética atenta a ambas perspectivas, pero aconseja también un empeño pastoral específico, conocido bajo el nombre de «apostolado bíblico»²⁵. Precisamente, para un mejor funcionamiento de la Escritura en la liturgia, resulta necesario un trabajo de difusión entre la gente, no sólo de las biblias, sino sobre todo de los conocimientos escriturísticos que ayuden a los fieles en la escucha litúrgica de las páginas inspiradas²⁶.

4. LA EFICACIA DE LA ESCRITURA EN LOS DIVERSOS CONTEXTOS CELEBRATIVOS

No se puede agotar el discurso sobre la eficacia de la Escritura en la liturgia quedándonos en términos generales, y sin afrontar al menos algunas de las diversas situaciones que reivindican correctamente el título de litúrgicas. Para hablar sin abstracciones de la eficacia de la Sagrada Escritura en la liturgia se precisa examinar el nexo que se crea entre la Palabra de Dios, celebrada en un determinado caso concreto, y el don divino hecho actual. Tomemos como parámetros ejemplares la celebración del año litúrgico y la de tres sacramentos.

a) *Eficacia de la Escritura en la celebración del año litúrgico*

La eficacia de la Escritura en la liturgia se muestra sobre todo en la celebración del año litúrgico. La *celebración del domingo* tiene en las lecturas el alimento específico y característico de esa jornada. Al cre-

25. Una reflexión sobre el «apostolado bíblico» en la situación italiana se encuentra en la Nota pastoral de la CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA-COMMISSIONE EPISCOPALE PER LA DOTTRINA DELLA FEDE E LA CATECHESI, *La Parola del Signore si difonda e sia glorificata* (2 Ts 3,1). *La Bibbia nella vita della Chiesa*, publicada en el XXX aniversario de la promulgación de la Dei Verbum, como valoración de lo que ha sucedido en la realidad de la Iglesia en nuestro país (18 de noviembre de 1995).

26. Un perspectiva de este tipo ya está presente en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, que afirma: «con el fin de favorecer la reforma, el progreso y la adaptación de la sagrada liturgia, es necesario que sea promovida *ese suave y vivo conocimiento* de la Biblia, que está atestiguado por la venerable tradición de los ritos tanto orientales como occidentales» (SC 24). La cursiva es nuestra.

yente, para el que se ha hecho de nuevo presente el *hapax* del sacrificio de Cristo²⁷, se le invita no solo a dar gracias al Padre por este don, sino a implicarse con el ofrecimiento de sí mismo. Este ofrecimiento viene especificado por la escucha de la Palabra de Cristo que resuena en las lecturas de ese día. Hay una relación entre la Palabra en los textos proclamados y la presencia de la «Palabra abreviada» en el cuerpo y en la sangre eucarísticos de Jesús, Verbo encarnado. La comunión, que se realiza en la asunción del cuerpo y de la sangre eucarísticos, no tiene su momento caracterizante tan sólo a partir de la situación personal que el creyente vive en ese día, sino también gracias a la palabra «singular» que el Señor le ha proclamado por medio de las lecturas bíblicas características de ese domingo. La originalidad singular de una celebración dominical no sólo reside en la vivencia de los protagonistas humanos de la liturgia, sino también, y quizá sobre todo, en lo que el Señor dice al pueblo en ese día.

En las *solemnidades* y las *fiestas*, las lecturas de la Escritura expresan siempre el contenido de la celebración, que en este caso tiene su etiología directa en la misma narración bíblica. Este principio vale también para las fiestas y las solemnidades con una base escriturística más difícil, como las marianas de la Inmaculada y de la Asunción.

Como ejemplo de distinta hermenéutica de las mismas lecturas bíblicas, cuando se leen en una solemnidad específica y cuando aparecen en un domingo, puede pensarse en la narración de la Transfiguración, proclama en el segundo domingo de Cuaresma y, de nuevo, en la fiesta de la Transfiguración²⁸, o bien en la perícopa de la Anunciación a María (Lc 1, 26-38), leída en el IV domingo de Adviento (año B) y en la solemnidad de Anunciación²⁹.

27. Cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 12.

28. En el primer caso se trata de indicar el camino cuaresmal como posibilidad de transfiguración del creyente, después de que, en el primer domingo, el mismo itinerario haya aparecido como lugar de tentación y de prueba. En la fiesta del 6 de agosto, sin embargo, el mismo texto se lee con el objeto de que el creyente reviva y entre en este misterio de la vida de Cristo. Las diferentes lecturas, que se unen al evangelio, expresan precisamente la diversa orientación que debe asumir la hermenéutica de las perícopas en las dos celebraciones específicas.

29. En el primer caso se trata de indicar al creyente que hace poco ha comenzado el año litúrgico y que ya se encuentra en las cercanías de la Navidad la actitud ejemplar de la escucha de María. En este sentido, las lecturas que preceden este pasaje proponen la promesa hecha a David (2 S 7, 1-5.8-12.14.16), destacando la fidelidad del Señor al cumplir su palabra de Dios, y la doxología final de la Carta a los Romanos (Rm 16,25-26), que glorifica al que tiene el poder de confirmar. En la solemnidad del 25 de marzo, en el centro de la celebración se encuentra el inicio de la Encarnación del Hijo de Dios. En este sentido se encuentran las lecturas precedentes: el texto de Isaías, en el que se encuentra la promesa del nacimiento del Emmanuel (Is 7,10-14), y el de la Carta a los Hebreos sobre la venida de Jesucristo con un cuerpo que podía ofrecerse (Hb 10, 4-10).

b) *La Sagrada Escritura en la celebración de los sacramentos*

No es posible plantear un discurso unitario, válido para todos los sacramentos: cada uno debe considerarse en sí mismo. Por razones de tiempo nos limitaremos a tres sacramentos, escogidos de ámbitos diferentes: la iniciación cristiana (la Eucaristía), las necesidades de las personas (la Reconciliación), los estados de vida (Matrimonio).

b.1) *La celebración eucarística*

Lo que caracteriza la relación entre Escritura y liturgia, en la *celebración eucarística*, es la presencia contemporánea del Cuerpo de Cristo y de su Palabra. El elemento que los une es el Espíritu, que anima tanto la palabra como los dones eucarísticos del cuerpo y de la sangre. En efecto, es el Espíritu del Señor resucitado, que debe permanecer en el creyente una vez que la Palabra haya sido escuchada y que el pan y el vino hayan sido asimilados. Sobre la conexión entre la mesa de la Palabra y la del Cuerpo y de la Sangre, la doctrina del Vaticano II ha sido particularmente clara y fuerte. Quizá se puede afirmar que, también entre el pueblo creyente, dicho planteamiento conciliar ha sido acogido, al menos en su sustancia.

La conexión entre la Escritura y liturgia eucarística es evidente para el Vaticano II, que habla de dos mesas o de una doble mesa. La Palabra de Dios es alimento a través de la Biblia y a través de la Eucaristía. Una formulación particularmente feliz del decreto *Presbyterorum ordinis* nos da a entender que no basta la Palabra inspirada para alimentarnos del Verbo de Dios: «los fieles cristianos son alimentados del Verbo de Dios por la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía» (PO 18)³⁰.

b.2) *La celebración de la reconciliación*

En la *celebración de la reconciliación* la presencia de la Sagrada Escritura está reglamentada de un modo flexible. El pasaje bíblico puede ser proclamado tanto por el ministro de la reconciliación como por el penitente, y puede tratarse bien de un lectura directa, bien de una referencia simplemente mnemónica de un precedente encuentro

30. PO 18: «Christifideles ex duplici mensa Sacrae Scripturae et Eucharistiae Verbo Dei nutriuntur».

con el texto³¹. En el caso de este sacramento, la Escritura ayuda a madurar el sentido personal del pecado, a expresarlo de una manera más rica y adecuada, a hacer resonar la llamada de Dios a la conversión y a garantizar el don de la misericordia recibida. En el lenguaje sobrio de los *Prænotanda* al *Ordo Penitentiae* se lee: «Es, en efecto, la Palabra de Dios la que ilumina al fiel para que conozca sus pecados, la que lo llama a la conversión y le infunde confianza en la misericordia de Dios». Se puede decir, en otros términos, que en el sacramento de la reconciliación, las palabras bíblicas, evidentemente ritualizadas, ayudan a la *confessio peccati* y a la *confessio laudis*. Al mismo tiempo, las palabras bíblicas hacen brillar, con particular pureza y con la fuerza de la Palabra de Dios, las exigencias a nivel existencial y moral a las que está llamado el cristiano reconciliado.

b.3) *La celebración del matrimonio*

Como tercer ejemplo de relación entre lectura bíblica y sacramentos, reflexionaremos sobre la celebración del matrimonio. El caso más cómodo, para nuestro tema específico, es el de la celebración sin la Misa: tampoco en esta hipótesis, en efecto, se puede prescindir de la liturgia de la palabra³².

En la praxis actual, al menos en Italia, este tipo de celebraciones se refiere a esposos no muy implicados en el hecho religioso. Conviene, por esto, reflexionar sobre el nexo entre Escritura y hecho celebrativo precisamente a partir de esta óptica específica. En este caso reviste gran importancia que los esposos participen personalmente en la «construcción» de la liturgia de la palabra, destinada a ser parte esencial de la celebración de su matrimonio. La elección de las lecturas bíblicas, en el caso de que el futuro celebrante insista con éxito en que se haga en común por los futuros esposos, se convierte en un momento de reflexión y de comunión entre los dos. Éstos pueden entonces percibir, a menos de modo incipiente, cómo la comunión del hombre y de la mujer se inscribe en un proyecto divino, que las páginas bíblicas, reactualizadas por la lectura e ilustradas por el que oficia, hacen presente precisamente para ellos. Gracias a esta necesaria referencia litúrgica a la Escritura, la celebración del matrimonio, más aún

31. El n. 17 de los *Prænotanda* al *Ordo Penitentiae* prevé: después de la acogida, «el sacerdote, o también el mismo penitente, lee, según la oportunidad, un texto de la Sagrada Escritura; la lectura, sin embargo, se puede también hacer en la preparación al sacramento».

32. La *Sacrosanctum Concilium* prescribe: «Si el sacramento del matrimonio se celebra sin la misa, léanse al inicio del rito la epístola y el evangelio de la misa por los esposos» (SC 77).

si se prepara con una real atención pastoral, se convierte en un momento en el que a los esposos se les estimula a intuir que también su alianza nupcial se apoya en la Palabra de Dios, aunque no en la participación en la Presencia eucarística del Señor, excluida de hecho por la elección de la celebración sin la Misa.

5. SAGRADA ESCRITURA Y LITURGIA: ALGUNOS PUNTOS CONCLUSIVOS

Concluamos trazando alguna línea sintética en torno a la múltiple y compleja relación entre la Biblia y la liturgia.

a) *La Palabra y el Espíritu: modos recíprocos de presencia*

En la liturgia, la Palabra y el Espíritu asumen modos recíprocos de presencia. En la celebración aparece aquel nexo vital entre Palabra y Espíritu que es declarado por la categoría de «palabra inspirada»³³. Dentro de la liturgia, la «palabra inspirada» se hace viva y se encuentra dentro de un movimiento vivaz del Espíritu Santo, que la misma Sagrada Escritura contribuye a crear, pero del que está también entrecruzada. Gracias a la proclamación, a la actualización y a la inculturación, el Espíritu presente en la comunidad celebrante reactiva lo que en la Biblia estaba simplemente escrito.

b) *La historia de la salvación: memoria y presencia*

Otro aspecto decisivo de la presencia de la Escritura en la liturgia es el de la proclamación dentro de una continuidad de historia de la salvación. La Escritura ayuda a la comunidad a evocar las grandes obras de Dios; es más, hace efectivamente presente los antiguos acontecimientos por medio de la memoria, que el Espíritu vivifica en los creyentes ocupados en celebrar. Al mismo tiempo, las obras de la historia antigua encuentran su correlato y la continuación en lo que es entregado a los creyentes hoy gracias a la liturgia. El entrelazamiento de memoria y presencia, ligado a la Escritura proclamada en la liturgia, puede ser bien expresado retocando un quasi-adagio, retomado por L. Alonso Schökel: *qui locutus est per prophetas, hodie loquitur per lectorem*³⁴.

33. Son siempre cautivadoras las reflexiones de L. ALONSO SCHÖKEL, *La parola ispirata*, Paideia, Brescia ²1987, 395-405; sobre todo las pp. 399-400.

34. L. ALONSO SCHÖKEL, *La parola ispirata*, 385, precisamente a propósito de la liturgia, usa la expresión *locutus est per prophetas, loquitur per lectorem*.

c) *El diálogo con Dios: revelación y acogida*

Una última observación hace referencia a la revelación y a su acogida, tal y como se revelan en la liturgia a través de la atestación del hablar de Dios que es la Escritura. Nos servimos de las palabras de un excelente biblista que ha sido, además, un pastor inteligente y eficaz. Ya al inicio de su episcopado milanés, C. M. Martini escribía: «En la sagrada liturgia aparece con privilegiada evidencia que el destinatario de la Palabra no es el individuo que se aísla, sino el pueblo de los redimidos que se congrega; que su voz viva no es el hombre que se la proclama a sí mismo, sino el Magisterio de la Iglesia que, a través de la variedad de los ministerios, la anuncia a la asamblea; que su resultado natural no es complacer a la docta especulación, sino que es la energía transformante de los sacramentos y la vida palpitante del Espíritu que inhabita los corazones»³⁵.

35. C.M. MARTINI, *In principio la Parola*, Centro Ambrosiano, Milano 1981, 54-55.